



Antonio Gramsci
Antología. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán
 México
 Siglo XXI
 1970
 523 páginas

PALABRAS CLAVE: CULTURA – CRÍTICA – ESTUDIOS
 CULTURALES – LITERATURA

KEYWORDS: CULTURE – CRITICISM – CULTURAL STUDIES
 – LITERATURE

¿Qué es la crítica? Aprender de Gramsci

Adriana A. Bocchino¹

Siempre resulta interesante revisar el impacto y resignificación que adquiere una teoría, cualquiera sea, aun cuando algunos la suponen agotada o, mejor, justamente por ello. En especial, pensando en las ciencias sociales, cuando el cambio de paradigma cultural, tal como se dice estamos atravesando, pone en conflicto saberes adquiridos y reevalúa posiciones. En este sentido, un lugar para una intelectual, mujer de letras, no se define sino en el espacio de las tensiones provocadas por su condición sexual, social, étnica y, por supuesto, económica. ¿En qué sentido, entonces, Antonio Gramsci puede sostener el discurso, hoy, de una mujer de letras?

Llegué un poco tarde a Gramsci porque en la universidad de la dictadura, en la que hice mi carrera, nunca se lo mencionó. Sin embargo su nombre me sonaba de otra época de mi vida, de cuando vivía en Buenos Aires, donde nací, y los amigos de mi abuelo inmigrante se reunían a conversar. También mi padre pudo haberlo citado en relación a las huelgas que, entonces como ahora, se hacían en Argentina. La cuestión es que, hablando en términos académicos, llegué a Gramsci a través de

¹ Docente e investigadora de la UNMDP en el área de Teoría y Crítica Literaria, Doctora en Letras, Profa. Asociada jubilada. Autora de *Caso Rayuela. Las tramas de un ardid*; *Rodolfo Walsh. Del policial al testimonio*; *Escrituras y Exilios en América Latina* (en col.) y *Nuevos Objetos/Nuevas teorías* (en col.) entre otros títulos. Mail de contacto: bocchino@mdp.edu.ar.

Raymond Williams, al que llegué, a su vez, terminada la dictadura y con un título en mano. Cuento esto para observar que hay muchos docentes que se recibieron sin haber tenido nunca noticia sobre Gramsci, ni en Letras, ni en Historia, ni en Filosofía, ni en Pedagogía, ni en Sociología, por nombrar los cinco campos clave sobre los que la producción gramsciana podría haber aportado una mirada imprescindible para la interpretación de la realidad, la educación, la cultura y el arte.

La mejor forma de entrar a Gramsci es a través de la *Antología. Selección, traducción y notas* preparada por Manuel Sacristán y editada por Siglo XXI, dado que respeta el orden cronológico de escritura de los textos que el italiano escribió a lo largo de su vida. La versión más conocida, la de los *Cuadernos* (de Nueva Visión entre nosotros), está mediada por Palmiro Togliatti quien ofrece, a mi criterio, otra versión del pensamiento gramsciano a través de disposiciones y agrupamientos discursivos diferentes.

¿Qué fue de Gramsci, a través de esta *Antología*, lo que mayor impacto tuvo en mí? Arduas han sido las discusiones acerca del rol del intelectual prefigurado por Gramsci y las controversias que mantendría con las propuestas marxistas anteriores o contemporáneas a sus escritos, adjudicándole mayor o menor grado de responsabilidad en una guerra de posiciones y el entramado de una construcción contrahegemónica, a fin de transformarse en hegemónica. No voy a abundar en ello, ni me voy a servir de esta fuente para realizar una readaptación en términos feministas de la cuestión. Por el contrario, voy a enfocar el tema desde un ángulo material: la crítica, el hacer crítico.

La gente de letras, les dedicades a la literatura, volcades sobre ella y viviendo de ella, nos dedicamos a hacer crítica, enseñamos a hacer crítica, crítica literaria académica, que en las universidades llevamos adelante, en la mayoría de los casos, mujeres docentes de la carrera de letras. A decir verdad, Gramsci no ha circulado demasiado por este ámbito, puesto que se lo ha usado más para una teoría del estado o la construcción de hegemonía, a través de la formación de los partidos políticos o la función de los intelectuales, en las carreras de historia o en las de filosofía y/o sociología. En letras, poco y nada, casi nada.

El punto es que, sostengo, hay mucho en Gramsci para la gente de letras, por lo que dice acerca del hacer crítica y en el cómo lo dice. Y mucho para las mujeres de letras, por lo que dice y en el cómo lo dice pero además por la situación de colonización interior típica en lo que a las mujeres se refiere. En este sentido hablo de la posición mujer e intelectual y, también, del hacer crítica en ciencias sociales como posición en desventaja así como la posición académica de una carrera como letras, anacrónica y desprestigiada. Y es una lástima que no se le dé a Gramsci la importancia que en todos estos aspectos tiene su producción para la gente de letras, en especial para las mujeres de letras. Recordemos que su vocación primera,

abandonada por problemas físicos y económicos, fue letras o filología, la investigación filológica que, a mi criterio, marca sus formas de entender la realidad y sus formas de proponer un hacer crítica de la realidad. Una carrera como letras, una especialidad como filología, hoy y hace cien años, enseña a leer cada vez más y mejor, críticamente, en varios niveles, al derecho y al revés, extrayendo de las diferentes manifestaciones discursivas -llámense literatura, historia, filosofía, medicina, matemáticas, economía, etc.- la prueba de lo que se dice, de lo que cada época, cada sociedad, individuo o institución dice y, en lo que dice, incluso, lo que calla u oculta.

A partir de lo que se ha dado en llamar Estudios Culturales, en especial retomados por la universidad en los Estados Unidos, Gramsci funciona como telón de fondo. Todo/a profesor/a que se dedique, que practique la crítica desde una teoría encuadrada en los Estudios Culturales, sabe que allí Gramsci y Marx han operado vía los fundadores de los Estudios Culturales -Williams, Thompson, Hoggart, Anderson- pero tengo mis dudas respecto de que hayan sido leídos con minucia. Incluso dudo que el mismo Williams haya sido leído. Estudios Culturales en EEUU devino discurso despolitizado, por lo menos en el sentido que nosotres le damos a lo político -se sabe que allá todo es político, en particular lo correcto- por tanto se ha convertido en un discurso no crítico aunque se siga llamando crítica.

En esta línea, hablé en otra parte de lo que creo hemos estado haciendo desde hace mucho tiempo en Argentina como Estudios Culturales sin saber que por el mundo así lo estaban llamando, en particular desde nuestra ensayística o mejor, la crítica literaria, desde y con los libros de David Viñas, Beatriz Sarlo y Josefina Ludmer, o más atrás los de José Sebrelli, Héctor Murena, Ezequiel Martínez Estrada, Scalabrini Ortiz, hasta incluso el viejo Sarmiento, para no hablar de Arturo Jauretche o Hernández Arregui o Silvio Frondizi entre otros. Me importa recordar ahora el carácter contestatario, hipercrítico que este tipo de textos han tenido a lo largo de la historia argentina. Algunos, todavía se siguen escribiendo. Y si no en ellos, en Gramsci puede leerse y reconstruirse un marco teórico apropiado para esta manera de hacer crítica y posicionarse en lo intelectual.

Gramsci ha sido un teórico situado en un momento bisagra, violento al punto de vivir en y entre las dos guerras mundiales. Y desde esa bisagra propuso una teoría de la praxis planteada a partir de, en íntima relación con, el hacer crítica. Desde esa situación elaboró una idea de crítica que se aviene, más que a la crítica literaria, a la crítica cultural, puesto que no se dedica sólo a la literatura sino, en todo caso, a la literatura dentro de un entramado cultural, observándola entre otros objetos culturales y como lugar privilegiado que da paso a lo que se denomina cultura. Allí Gramsci redefine la crítica como práctica que construye las formas más rigurosas

para la elaboración del análisis de lo real y entonces, recién entonces, una perspectiva de la acción.

¿En qué sentido se redefine la crítica, el hacer crítica en términos de práctica? Gramsci aporta el marco imprescindible, a fin de trabajar desde una perspectiva culturalista, para aprender a leer el piso de una cultura. Y el piso de una cultura no está sino, con todas las letras, en sus manifestaciones discursivas y, entre ellas, en aquellas que se presentan como ficcionales puesto que no pretenden vender, mucho menos imponer, verdad ninguna. Leer este tipo de discurso, o incluso imponerse leer todo discurso bajo esta modalidad, permite develar las contradicciones que mueven el continuo de lo real y, en una lectura filológica, reconstruir sus avatares históricos e, incluso, plantearnos alguna prospectiva según datos precisos.

Cualquier objeto de trabajo abordado como objeto cultural, según el marco teórico propuesto por Gramsci, se ve interdicto en el movimiento crítico. Es decir, si desde las formas de hacer crítica, de manera tradicional, un texto de ficción es una bella configuración de lenguaje, desde la perspectiva gramsciana se transforma en objeto cultural y entonces cruzado, maniatado, interdicto por su contexto de producción, de escritura, así como por sus contextos de producción de lectura. El abordaje cultural obliga al/a crítico/a, le enseña, a leer el contexto en el texto no sólo en su instancia de escritura sino también en la instancia de lectura que él/ella mismo/a produce. Por lo tanto, le obliga, le enseña, a leer su lectura, aquí y ahora. Es decir, le enseña a preguntarse y decir por qué hace crítica y para qué hace crítica hoy. Cosa que muchas veces se olvida en la universidad y se sigue haciendo crítica como parte obligada del oficio, el discurso despolitizado de la academia de los Estados Unidos que, sin embargo, cotiza para subsidios, categorías y otras prebendas de turno.

Para Gramsci, el trabajo crítico sobre el objeto cultural implica el examen de una tradición, italiana en su caso, que le abre las puertas a un totalitarismo. Tengo para mí que el trabajo crítico sobre el objeto cultural implica el examen de una tradición a fin de ver a qué le abre las puertas una cultura. Tarea indelegable de los intelectuales que hoy se encuentra borroneada por el oficio de docente sobreviviente, en una sociedad que le desconoce historia académica e incluso historias personales que han padecido, en el mejor de los casos, congelamiento de salarios, amén de exilios, desapariciones, maltrato, etc. Y este es el punto: si como intelectual, mujer de letras, se olvida hacer hincapié, cada vez que se puede y dónde se pueda, del lugar que se ocupa, leyendo a contrapelo, desnaturalizando todo lo que ha sido naturalizado, revolviendo la red de interpretaciones a fin de volver a considerar y cuestionar prácticas establecidas al reconstruir escenarios sesgados por lo político y el modelo patriarcal, olvidaremos pensar a qué le estamos abriendo la puerta.

El problema de la representación, es decir el problema de las posibilidades o no del lenguaje de dar cuenta de lo real, se instala como disparador de los

cuestionamientos. Y, en esta línea, este problema es el problema por excelencia de quienes trabajamos con los discursos. Ciertas prácticas críticas que abordan objetos discursivos literarios y, cada vez más otro tipo de discursos desde un ángulo de crítica cultural, usan las herramientas propuestas por Gramsci a fin de operar en esos objetos discursivo-culturales una puesta en sospecha de las tradiciones, las influencias, la cultura dominante, las síntesis ya hechas, los agrupamientos admitidos, y habilitar un campo de trabajo que permita la formación de nuevas colecciones y nuevos montajes interpretativos. Tal operación y tal habilitación no resultan de una apuesta que busca la novedad sino que presupone la incidencia discursiva en lo real que quiere reconfigurar el campo de las representaciones lingüísticas y también políticas.

Casi siempre, el caso de la producción gramsciana se inicia desde la cuestión biográfica, porque ella obliga a observar cómo y por qué se construye cierta manera de pensar establecida desde una relación estrecha, y determinante, con una cuestión política. En este sentido, Gramsci va desde dentro de la práctica política, filosófico-filológica e histórica, hacia la teoría política, filosófico-filológica e histórica, para volver a la práctica. Y él mismo aparece como paradigma de articulación entre la teoría y la práctica cuyo proceso se observa en cualquiera de sus escritos –los primeros ejercicios, el periódico, los cuadernos, las cartas. Interesa observar que este proceso, que denomino práctica crítica, es una noción que vincula el trabajo intelectual a una práctica que engendra otras vinculadas, hacia atrás y hacia delante, y apunta al carácter no abstracto del pensamiento gramsciano que articula un actuar implicado en un proceso. La noción de práctica borra la idea de producto terminado e instala la de un permanente estar haciéndose. Si la investigación intelectual es una práctica crítica, así se define, implica este proceso.

Como dije, el objetivo del pensamiento gramsciano fue someter a crítica la tradición italiana e insertar dicha crítica en la lucha política contra el fascismo que radicalizaba la colonización interior en la diferencia político-ideológica entre el norte y el sur de Italia. Gramsci responsabiliza a los intelectuales, tipo Benedetto Croce, por el mantenimiento de esta situación. Y apuesta a un cambio sólo viable a través de la construcción de una hegemonía diferente, edificada desde una perspectiva cultural capaz de analizar con prospectiva punto por punto la construcción cultural dominante. El punto está en la necesidad de rearmar a los intelectuales que ejercen la función mediadora en la sociedad y que cumplirían la doble función definida por una propuesta cultural: por un lado, la asunción de una dirección política; por otro, la construcción progresiva de una hegemonía según una manera cultural diferente. Para Gramsci, como para Marx, lo económico se hace inteligible en aquellos que participan en la producción y se convierte en objeto de transformaciones conscientes en el terreno de las ideologías. Esta articulación constituye el punto de partida para

la filosofía de la praxis gramsciana que, en este caso, es política y se construye como ciencia de la historia a partir de la puesta crítica sobre el “sentido común”, esa conciencia sedimentada por las filosofías tradicionales. Y son, o debieran ser, los intelectuales los que den cuenta de esa articulación en la puesta de la práctica crítica. Sin duda, los modos y los problemas de la representación, núcleo neurótico obsesivo de los que trabajamos en letras, son los lugares de la construcción hegemónica o contrahegemónica, siempre constestataria.

A partir de estos ejes, Gramsci plantea el análisis del piso de la cultura a fin de actuar. No la aplicación abstracta de una teoría sino una forma de analizar la realidad que viene del marxismo, convirtiéndose en teoría, cuya mediación es una praxis e implica una preocupación crítica sobre los modelos de la investigación científica, inseparables del procedimiento efectivo mediante el cual se elaboran los problemas concretos que lo ocupan. La estructura ideológica de una sociedad se observará entonces en la organización material destinada a mantener y desarrollar esa estructura a través de sus intelectuales en los medios de comunicación y/o medios de reproducción de esa organización cultural: la escuela, el sistema escolar, la prensa, las editoriales, los medios audiovisuales, también la arquitectura, la diagramación de las ciudades, la nomenclatura de las calles, las religiones; es decir, aquello que hace a la opinión pública armando el sentido común o el imaginario, las formas de percibir que funcionan como material ideológico. La formación hegemónica se liga, entonces, a un programa escolar que da lugar a la fracción más homogénea y numerosa de los intelectuales: los educadores, desde el/la maestro/a de escuela hasta los docentes universitarios y, en particular, los educadores vinculados al ámbito de las letras, por el uso y análisis del lenguaje, por el entrenamiento en el manejo del lenguaje, la disposición oral y escrita, y, en definitiva, por las formas de pensar que, casualidad o no, ha quedado en su mayor parte, confiado a las mujeres de letras. El aparato escolar como aparato de cultura que da forma al sentido común sería el lugar de enfrentamiento y posibilidad de formación de un nuevo sentido mediante la puesta de una práctica crítica. En tanto la relación maestro/estudiante es molecular respecto de intelectuales y masa, cualquier relación de hegemonía es una relación pedagógica. Si allí se observa que esta relación la llevamos adelante mujeres de letras, habrá que repensar varias cuestiones.

El caso de Antonio Gramsci interesa en varios sentidos, por el trabajo que realiza sobre objetos discursivo-culturales: uno, hacia el tipo de objetos que estudia; otro, hacia la escritura según condiciones no comunes de producción, circulación y consumo. Este doble sentido no estaría, a su vez, separado en la investigación. El mismo Gramsci lo llamará “filosofía de la praxis” relacionándolo con el trabajo *sobre* los objetos que implica un cambio *en* los objetos que se investigan pero, también, un cambio *en* el sujeto que investiga. El proceso de transformación que

sufre el objeto de trabajo –en la construcción epistemológica como tal- y quien trabaja sobre él –la investigadora- apunta a la construcción de un perfil preciso de investigador/a en relación dialéctica entre objeto e investigación. En resumen, tres puntos para tener en cuenta en sus modos de trabajo: el modo de construir el objeto, hablando en términos epistemológicos; el modo de construirlo según una retórica y un estilo; el modo de construirse el sujeto/la sujeto que investiga entre medio de la construcción epistemológica y la estilística del objeto, es decir, de posicionarse ideológicamente. Modos de trabajo destinados, creo, a las mujeres que, en su mayoría, se hacen cargo del proceso pedagógico y establecen posibilidades o no de transformación social.

Hacer crítica está relacionado en Gramsci con la tarea propuesta a los intelectuales. Es el primer paso de una filosofía de la praxis que apunta a no dejarnos convencer y no permitir la naturalización del sentido común. Y esto se aprende, el entrenamiento se recibe, en las carreras de letras. Se dirá que el mismo nombre de la carrera implica un anacronismo de corte liberal-burgués y más cercano a la idea de literatura que tenía el siglo XIX que a lo que hoy circula o puede ser pensado como tal. Es posible, pienso, sea una máscara: todo entrenamiento para no dejarnos convencer sucede en la clandestinidad y está bien que, por ahora, así sea.